



– María Elena
Sammartino –

**Psicoanalista de niños,
adolescentes y adultos.
Miembro de Gradiva,
Associació d'Estudis
Psicoanalítics. Docente
en el ámbito de la
patología severa.
Supervisora de centros
públicos de atención a la
infancia y la adolescencia.
(Barcelona, España)**

Saludo

Saludo con alegría y agradecimiento a la llegada de un nuevo número de la Revista *eipea*, espacio de encuentro y reflexión sobre el autismo, abierto a las diferentes corrientes del psicoanálisis y que no podría existir si no estuviese sostenida por el esfuerzo de sus editores. Hoy, los espacios de encuentro e intercambio en psicoanálisis son bastiones defensores de la subjetividad del ser humano amenazada tanto desde lo social como desde algunas líneas de intervención en salud mental.

Días atrás me entrevistó una antropóloga con experiencia en instituciones de atención a la niñez, que realiza un trabajo de campo para su tesis doctoral. Ella investiga el abordaje del autismo en España y, en particular, la utilización de la psicoterapia psicoanalítica en la atención pública a los niños y jóvenes en el espectro autista. Había ya realizado entrevistas en varios territorios y consideraba que posiblemente era en Catalunya donde se continuaba manteniendo un pensamiento psicoanalítico para comprender y abordar terapéuticamente el autismo. Sin embargo, el día anterior había entrevistado a la dirección de una asociación de padres de niños autistas y le había sorprendido la vehemencia con que afirmaron que el psicoanálisis está obsoleto científicamente en la medida en que considera que existe un conflicto emocional en el niño autista que requiere un trabajo terapéutico, en lugar de destinar los esfuerzos a procurarle instrumentos psicoeducativos.

Me encontré realizando mentalmente un intento de recorrer para ella los grandes momentos de la historia reciente de la atención a los niños en Catalunya a partir del surgimiento de los Centros de Higiene Mental y centros educativos de orientación psicoanalítica en la década 70-80. Desde entonces, algunos de los grandes focos de enseñanza y atención a la niñez y

la juventud habían cambiado radicalmente su perspectiva teórica, rindiéndose a las corrientes imperantes en el mundo, cautivas de la evidencia científica. Pero un número muy importante de espacios públicos de atención a la patología grave infantil mantenían esa visión compleja, individual y profundamente humana que caracteriza al psicoanálisis. A pesar de las dificultades de la práctica pública, muchos profesionales seguían sosteniendo una ética propia del pensamiento psicoanalítico: considerar que todo ser es portador de una historia personal única que da cuenta de la especificidad de su vida psíquica.

Fuerzas deshumanizantes que atraviesan lo social en el siglo XXI luchan también con armas poderosas para que la singularidad que escucha el psicoanalista con todos sus sentidos, su saber y su inconsciente, ceda paso a la ciencia considerada *verdadera* o se adapte a criterios de rendimiento económico. Tal vez esta evolución del mundo actual no sea ajena al incremento alarmante de niños y jóvenes en línea autística, justamente caracterizados por dificultades en el acceso a la subjetividad.

¿Cómo rescatar al sujeto empeñado en sojuzgar su singularidad o desentenderse de la existencia del otro a través de una repetición simétrica de lo mismo? He aquí una viñeta del tratamiento de un adolescente con rasgos Asperger que permite pensar la importancia del encuentro intersubjetivo entre el terapeuta y su paciente. Proviene del artículo *El joven Asperger*, que no he publicado aún.

“Aleix nunca aceptó ningún juguete que no fuesen trenes o autobuses y hoy, a sus 14 años, sus únicos intereses verdaderos siguen siendo los trenes y los autobuses. Los padres explican con orgullo que el joven tiene conocimientos extraordinarios sobre estos temas y que domina las marcas y modelos de todo el mundo. Conoce los

horarios y redes ferroviarias de la mayoría de las grandes ciudades y en Barcelona puede calcular el momento en que se cruzan dos metros en cada estación, su marca y antigüedad”.

En nuestros primeros encuentros, “Aleix, escenificó en el HTP el vacío subjetivo, la percepción periférica del otro y de sí mismo, el objeto desmantelado, sin interior, sin gesto. Al pedirle que dibujase una persona, primero dibujó dos palotes en cruz y un círculo en la parte superior. Luego, por mi insistencia, fue capaz de dibujar un contorno, sólo una silueta temblorosa y vacía, sin rostro ni contenidos. La imposibilidad de tomar contacto con el interior se convierte en un hecho en sí, defendido como una convicción acerca de la verdad: ‘lo de adentro no importa’, dice Aleix”. Él mira la silueta de los edificios y no le interesan sus detalles de la misma forma que “el arte es ridículo porque no sirve para nada” y “las películas son sólo ficción”. Hay un *ataque activo al sentido* más allá del hecho; se enfrenta duramente conmigo cuando considero que un cuadro, frente a él, podría generar alguna emoción: “es ridículo, allí no hay nada más que una niña con un cesto”, dice despectivamente. El terror al encuentro con las angustias más arcaicas mueve defensas mortíferas, se trata de no sentir, de no percibir, de borrarse como sujeto.

Sin embargo, el trabajo en las sesiones, muy conectado a sus vivencias, nunca asertivo, siempre potencial y abierto, va dando sus frutos con el correr de los meses y los años. Se trata de acercarse poco a poco al mundo de los afectos, reconocer vivencias y emociones, ir ampliando el campo de la imaginación, disfrutar y reírnos con las historias absurdas imaginadas conjuntamente, ir construyendo su historia, sostenerlo con ternura y firmeza en los momentos de caída en angustias aniquiladoras. Mi

contratransferencia fue una de las vías de asociación que pudo usar Aleix a medida que fue creciendo la riqueza de su mundo interior y su consecuente capacidad de proyectar.

He aquí un ejemplo del trabajo de ligazón entre las áreas escindidas, dando sentido y representación a los orígenes. Para comprender la viñeta, he de explicar que Aleix siempre ha disfrutado de hacer largos recorridos en autobús, ida y vuelta hasta la parada final. Allí podía dormirse tranquilo cuando no conseguía conciliar el sueño en su cama.

“Cuando tenía un año y medio, su madre era directora de un centro para niños pequeños. Él iba también allí y no la veía. Pero un día fueron de excursión y vio a su madre con otros niños, empezó a gritar desafortunadamente pidiendo por su madre. Le dijeron, entonces, que no podía ir con ella y lo obligaron a subir a otro autocar. Él hipotetiza conmigo, en medio de un clima emocionado, que tal vez cogió el autocar como lugar preferido en lugar de su madre, desplazando el abrazo materno al arrullo del sonido del autobús. A continuación, él extiende la hipótesis a sus tres meses, cuando lo enviaron a la guardería: ‘tal vez me aislé porque me acostumbré a la soledad’, dice. Él tiene muy grabadas sensorialmente todas las experiencias ligadas a los medios de transporte en lugar de las inscripciones sensoriales de los encuentros madre-niño”.

El encuentro del paciente con un terapeuta que se ofrezca a ser usado, como dice Ch. Bollas recogiendo la intuición de Winnicott¹, podrá generar experiencias creadoras que mitiguen la angustia, relancen la pulsión de vida y permitan editar en alguna medida aquello no editado en el origen de la vida psíquica de estos pacientes que se destruyen como sujetos para evitar un terror no mitigado. ●

¹ Bollas, Ch. (1991). *La sombra del objeto*, pág 254. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.